

www.elboomeran.com

Alissa Nutting

Las lecciones peligrosas

Traducción de Cecilia Ceriani



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Tampa
HarperCollins
Nueva York, 2013

Ilustración: foto © Africa Studio / Shutterstock.com

Primera edición: abril 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Cecilia Ceriani, 2015

© Alissa Nutting, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7920-9

Depósito Legal: B. 5603-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

La noche anterior a mi primer día de trabajo como profesora no pegué ojo. Inmóvil en mi lado de la cama, me sumí en una excitada espiral de callada masturbación. Me había puesto en secreto un picardías de seda y unas bragas finas debajo del camisón para que Ford, mi marido, no se abalanzara sobre mí. Siempre estaba dispuesto a estropearme mis fantasías. Resulta divertido que la gente piense que Ford y yo somos la pareja perfecta basándose sólo en nuestra apariencia. En el discurso que el hermano de Ford pronunció como testigo en el banquete de nuestra boda dijo: «Vosotros dos parecéis los ganadores de la lotería genética.» Había un claro tono de envidia en su voz. Después añadió que nuestros rostros parecían retocados con Photoshop. Tras decir esta última frase, en lugar de concluir con un brindis, bajó el micrófono, lo dejó sobre la mesa y regresó a su asiento. Iba acompañado de una joven que tenía un ojo perezoso en el que, por educación, todos simulábamos no fijarnos.

Es inevitable que Ford me parezca atractivo, a todo el mundo se lo parece. «Es *demasiado* guapo», protestó una amiga, que pertenecía a la misma hermandad universitaria

que yo, cuando volvimos a la residencia estudiantil tras la primera noche que salimos juntas con nuestros ligues. «Ni siquiera puedo mirarlo sin sentir que se me encoge la entrepierna.» En realidad, el único problema que tengo con Ford es su edad. Ford, como todos los maridos de las mujeres que se casan por dinero, es demasiado mayor. Es cierto que me lleva muy pocos años, puesto que yo tengo veintiséis y él treinta y uno. Pero supera en más o menos diecisiete años la edad que acapara todo mi interés sexual.

Supongo que sólo por llevar un anillo valió la pena casarse con Ford, pues eso redujo considerablemente el acoso frenético de algunos idiotas que se me acercaban cada vez que salía de compras. Además de ser un anillo muy bonito, por supuesto. Ford es policía, pero su familia tiene un montón de dinero. Yo pensaba que su riqueza me mantendría entretenida, sin embargo me salió el tiro por la culata: satisfizo todas mis necesidades menos las sexuales. Apenas unas semanas después de nuestra boda, mi libido berreaba y se restregaba por el elegante papel de las paredes de nuestro hogar, situado en una urbanización privada protegida con circuito cerrado de cámaras de seguridad. Cuando me sentaba a cenar juntaba los muslos apretándolos con fuerza, temerosa de que, si los abría un poquito, mi libido soltara un estridente chillido que hiciera estallar las copas de cristal. Una idea que no se me antojaba en absoluto irracional. De hecho, el zumbido de mi deseo se había intensificado de tal modo en mi interior (su circuito eléctrico recorría siempre la misma trayectoria entre mis sienes, pechos y muslos) que parecía inevitable que llegase un momento en el que lograra manejar los labios de mi vagina como si fueran los del muñeco de un ventrílocuo y los hiciera hablar en alto.

En lo único que pensaba era en los chavales que pron-

to serían mis alumnos. No sé dónde radica la causa de todo, pero yo lo atribuyo a la primera vez que me acosté con un chico, con Evan Keller, en el sótano de su casa, cuando yo tenía catorce años. Aquello me marcó para siempre y creó en mí una pauta de excitación sexual. El recuerdo de aquel momento todavía flota en mi memoria en vivo tecnicolor. Yo era un poco más alta que Evan y eso me hacía sentirme como una semidiosa frente a un mortal: cada vez que nos dábamos el lote tenía que inclinarme para besarle en la boca. Puesto que él era más bajo, se puso encima y se entregó con el empeño y la resolución deportiva de un jockey cabalgando en las carreras del Triple Corona hasta quedar totalmente empapado de sudor. Cuando terminamos, me metí en el cuarto de baño y después lo llamé. Se quedó observando con melancólica curiosidad, como si estuviera fascinado en el interior de un acuario, los despojos de mi himen flotando en el agua azulada del retrete. Era el último ejemplar vivo de una especie antaño abundante. Mientras tanto, yo sentía una creciente vitalidad, como si acabara de engendrar el primer día de mi vida real.

Unos meses más tarde Evan pegó un estirón y eso cambió nuestra dinámica sexual. Rompí con él y me embarqué en una serie de encuentros repulsivos con chicos mayores en el instituto antes de comprender que lo que realmente me atraía se encontraba en edades más tempranas. Cuando empecé la universidad me enfrasqué en el estudio de los clásicos y hallé un breve consuelo a mis frustraciones sexuales en los textos que describían antiguas batallas con enfervorizados derramamientos de sangre. Pero después de conocer a Ford durante mi segundo año de universidad, cambié mi asignatura principal y escogí pedagogía. Y ahora, por fin, había conseguido un trabajo

que me permitiría regresar al segundo curso de enseñanza secundaria y quedarme allí para siempre.

No, no podía permitir que Ford metiera los dedos en el pastel justo la noche antes de que mis años de estudiante de pedagogía y mis prácticas como profesora sustituta estuvieran a punto de dar sus frutos. Aquella noche me había tomado el enorme trabajo de prepararme a la perfección, por fuera y por dentro, como un piso piloto listo para ser visitado. Me depilé las piernas, las axilas y el pubis y después me puse crema. Todas las lociones que usé olían a fresa. Quería que mi cuerpo pareciera una apetitosa fruta justo al alcance de la mano. En lugar de tener el sabor de algo con casi tres décadas de antigüedad, mi objetivo era que los untuosos órganos de mi sexo tuvieran el mismo gusto que la espuma de color rosa transparente que les apliqué antes de afeitarlos y que mis pezones supieran como una crema exfoliante de melocotón. Con la esperanza de que mi piel se impregnara de aquellas fragancias, me cubrí los dos pechos con una mascarilla hidratante y la dejé actuar durante diez minutos mientras me depilaba; la crema se solidificó como el glaseado sobre un bizcocho, moldeando mi excitación bajo un fino y crujiente caparazón. Cuando terminé de quitarme hasta el último vello del cuerpo, observé maravillada el lago de espuma y pelos que flotaba en el lavabo. Me recordó el batido de helado que se servía en los bailes de primer año de instituto.

¡Imaginaos lo que me divertiría dentro de nada asistiendo a uno de esos bailes! Quizá incluso tuviese la oportunidad de bailar un vals con uno o dos de los alumnos más extrovertidos con el pretexto de divertirnos y pasarlo bien. Los chicos me tomarían confiados de la mano, me conducirían al centro de la pista y, hasta que juntaran su cuerpo con el mío, no notarían la fragancia húmeda y pal-

pitante, apenas velada por la fina tela de mi vestido. Yo pegaría mi cuerpo al suyo con disimulo y les provocaría un cortocircuito, confundiéndolos con mis risas y comentarios desenfadados que les susurraría al oído con mis labios húmedos. Claro que antes de decirles algo miraría hacia un lado con aire distraído para dar a entender que allí no pasaba nada, que no me daba cuenta de que estaba frotando mi pelvis contra el calor que surgía tieso del interior de aquellos pantalones de esmoquin alquilado. Era imprescindible que fuese un chico cabal, de los que no se atreverían a repetir una frase así ante su madre o su padre, de los que recordasen el momento y se lo cuestionaran a posteriori, durante los oscuros sopores del sueño, en los momentos más solitarios de sus vidas adultas: después de una cena de negocios, alojado en un Comfort Inn del Medio Oeste, tras haber hablado por teléfono con su mujer e hijos, haber abierto a continuación tres o cuatro botellitas de whisky del minibar y haber puesto el despertador, entonces es cuando se sentaría cómodamente en la cama, ciñéndose con una mano el creciente calibre de su órgano, mientras da vueltas a ese recuerdo que le obsesiona. ¿Había dicho yo realmente lo que creyó haber oído? Entre las paredes del colegio, ni más ni menos, en medio del sonido electrónico de la canción pop más oída de aquel año, una canción que escucharía cuando entró a trabajar por primera vez en aquel centro comercial mientras doblaba las camisas del escaparate y saludaba a las madres con sus niños que entraban en la tienda. ¿Había susurrado yo realmente aquella frase en su oído? *Pero yo lo sentí*, se diría para sus adentros. Sintió cómo se formaban mis palabras suspendidas en el aire caliente, una frase flotando en mi aliento que se disipó en apenas unos segundos, antes de llegar a comprenderla o recordarla. Una parte de él permanecería

durante el resto de su vida en aquella pista de baile, inseguro y sediento de claridad. Hasta tal punto que, ya siendo adulto, alojado en aquel hotel, estaría incluso dispuesto a renunciar a muchas cosas a cambio de recuperar el sentido del orden que yo le había arrebatado o de tener a alguien que le dijese: *Sí, sí pasó*. Y yo siempre sabría y él siempre tendría la certeza, aunque no plena, de que yo había pegado el borde de mi pelvis contra el glande de su pene y lo había presionado como si estuviese pegando una fotografía bajo el plástico transparente de la página de un álbum de fotos y había susurrado aquella frase: *Quiero oler cómo te corres en los pantalones*.

Uno de los principales atractivos del instituto Jefferson era que las clases empezaban muy temprano por la mañana, a las siete y media. Los chicos llegaban medio dormidos, con los cuerpos todavía rezagados en las diferentes etapas de unas erecciones nocturnas aún persistentes. Desde mi escritorio veía asomar sus manos por debajo de los pupitres y frotarse la entrepierna. Un pulso entre la vergüenza y los genitales inflamados por hacerse con el control.

Otra gran ventaja fue que pude conseguir un aula anexa. Las aulas anexas no eran más que unos contenedores a remolque colocados detrás del colegio, pero las puertas podían cerrarse con llave y, si se encendía el ruidoso aparato de aire acondicionado situado en la ventana, era imposible oír lo que sucedía dentro. Durante la reunión de profesores que tuvimos en julio en la cafetería, ninguno de los docentes se había ofrecido para ocupar alguna de aquellas aulas transportables. Eso implicaba una caminata extra todas las mañanas, tener que volver al interior del edificio

para ir al lavabo o correr con un paraguas bajo la lluvia cada vez que tuviese que ir a abrir la puerta con la llave. Pero yo levanté la mano, jugando a ser la mejor alumna, y pedí que se me asignara una de las aulas fuera del edificio principal. «Estoy encantada de formar parte de este equipo», dije, dedicándoles una sonrisa de oreja a oreja con mis dientes inmaculados. A Rosen, el subdirector del colegio, se le puso el cuello colorado; yo había bajado la cabeza de modo que mi mirada se clavara, sin lugar a dudas, en su paquete, después apreté los labios, lo miré a los ojos y sonreí con aire cómplice: *Ya sé que eso de «formar parte del equipo» te hizo imaginarme manteniendo relaciones sexuales en grupo*, intenté decirle con una mirada tranquilizadora. *No es culpa tuya.*

—Muy amable de tu parte, Celeste —dijo él, asintiendo con la cabeza. Intentó escribir algo, pero se le cayó la pluma, la volvió a coger y carraspeó nerviosamente.

—Es lo que yo digo —saltó Janet Feinlog detrás de mí. Janet era una profesora de historia universal que se estaba quedando calva prematuramente. El tinte oscuro que ella misma se aplicaba en los ralos mechones sólo servía para acentuar aún más el contraste con las blancas lagunas de cuero cabelludo que asomaban por debajo. Como casi todos los defectos físicos notorios, aquél no era el único. Sufría edema y llevaba siempre unas medias de descanso que daban a sus pantorrillas y tobillos el aspecto basto del cartón corrugado—. Las aulas deben asignarse según la antigüedad de los profesores.

—Estoy de acuerdo —afirmé—. Yo soy la más nueva del colegio. Me parece justo. —A continuación le dirigí a Janet una sonrisa estudiada que ella no me devolvió. En cambio, extrajo un pañuelo amarillento de su bolso, se lo llevó a la boca y se puso a toser sin dejar de mirarme a los ojos,